

EXTERMINIO

SE dice que a los ibos de lo que fue Biafra no les pasa nada. Que no hay genocidio. Hay una cierta insistencia en difundir y magnificar la noticia. Las noticias tranquilizadoras no son muy seguras. La ocupación se desarrolla a frontera cerrada, sin que se permita la entrada a la prensa internacional. Y alguna prisa en liberar a Nigeria, reunida ya, de sospechas, en abrirle el camino internacional a lo que es ya su petróleo, su gas natural, su riqueza. Habrá que esperar más. Hubo matanzas de ibos antes de la guerra, durante ella se les ha perseguido por hambre en su población civil. No hay demasiadas razones para esperar indulgencia. En más de una ocasión, desde Lagos —la capital centralista—, se ha expresado la idea de que la solución del problema nigeriano estaba en la exterminación del pueblo biafreño. ¿Se puede exterminar un pueblo entero? Hay precedentes de que sí, de que por lo menos se intenta. No hay que pensar mucho. Los «pieles rojas», los indios de los Estados Unidos, son un pueblo exterminado. Los que sobreviven están en «reservas», protegidos por leyes que son un calco, a escala humana, de las que protegen de la pasión cazadora a ciertas especies animales en vías de extinción. Hay otros casos, y más próximos. El exterminio es una de las metas de la guerra. Intelectuales militares como Clausewitz y Geffcken han definido el objeto de la guerra como «la destrucción del adversario». Hitler consideraba que el problema judío tenía una «solución final»: la destrucción de ese pueblo. La idea de la destrucción total de un pueblo enemigo —o de un grupo social, o religioso, o político— no es antigua ni moderna. Es eterna.

«Crímenes contra la humanidad»

El término «genocidio» es relativamente moderno. Procede de un jurista polaco, Lemkin, que quería dar nombre, concretamente, a las matanzas de armenios en Turquía a fines del siglo XIX. Los armenios, minoría racial dentro del imperio otomano, quisieron protestar porque las reformas agrarias del sultán Abdul Hamid no les llegaban a ellos: les llegó el exterminio por haber protestado. Las matanzas duraron casi dos años. Hubo tres días trágicos en Constantinopla. La palabra «genocidio» de Lemkin es un culteranismo formado de una raíz griega (genos, género, raza) y un verbo latino (coedere, matar). Fue motivo de discusiones y de definiciones entre los juristas europeos después de la primera guerra mundial. Las disputas se interrumpieron porque comenzaron a ejercerse los genocidios en gran escala en los prólogos y desarrollo de la segunda guerra mundial.

La definición oficial vendría después. El estatuto del Tribunal de Nuremberg rehuía aún la definición de «genocidio» y se refería a la de «crímenes contra la humanidad», que eran «el asesinato, la exterminación, la esclavitud, la deportación y todo acto inhumano cometido contra toda población civil, antes o durante la guerra; o bien, las persecuciones por motivos políticos, raciales o religiosos». Más tarde, la Asamblea General de la ONU aprobaría (9 de diciembre de 1948) una convención sobre el genocidio. Se refería a los actos cometidos «con la intención de destruir, en todo o en parte, un grupo nacional, étnico, racial o religioso», y esos actos podían ser el asesinato de miembros del grupo, el atentado grave a la integridad física o mental de miembros del grupo, la sumisión intencional del grupo a condiciones de existencia que produzcan su destrucción fisi-



ca total o parcial, las medidas que impidan los nacimientos en el seno del grupo y las transferencias forzosas de niños de ese grupo a otro.

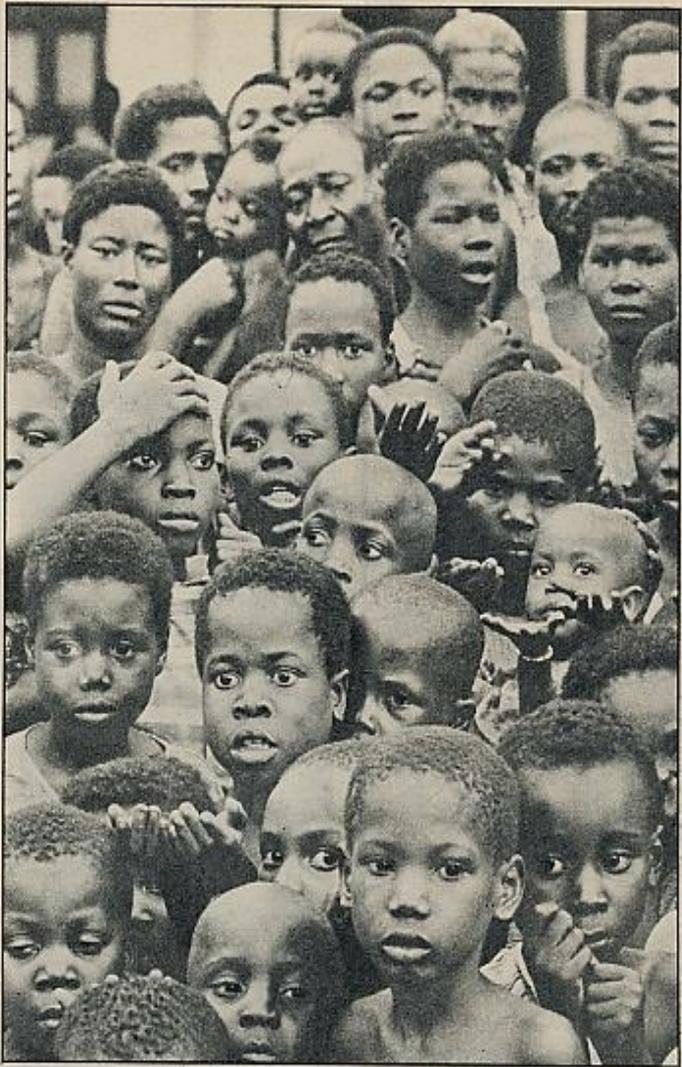
La buena conciencia

Jean Malignon añade a cualquier definición de genocidio una condición que le parece el carácter más constante de este crimen: la «buena conciencia». Los asesinos están cubiertos por un cuerpo de doctrina de carácter científico, moral, ético. Las matanzas de cátaros y luego las de hugonotes en Francia, los exterminios de la Inquisición, se hacían en nombre de una unidad religiosa. Las de Vietnam, por la tesis de la defensa de las libertades. Las bombas de Hiroshima y de Nagasaki, para «ahorrar vidas humanas», porque se suponía

que precipitarían el fin de la guerra. Los trescientos mil muertos en Dresde por el bombardeo británico de 1945 debían ser también «salvadores», porque iban a precipitar la rendición de Alemania. Los verdugos de judíos en la Alemania nazi estaban adoctrinados en los textos de Hitler y Hess, en los de Rosenberg —judío él mismo—, en las doctrinas que les suponían culpables de todos los problemas germánicos.

Un pueblo entero

La desaparición de un pueblo entero no es infrecuente. En «La Guerra de los Mundos», Wells recuerda, de paso, la extinción de los tasmanios. «Fueron —dice— enteramente barridos del mundo en cincuenta años, en una guerra de exterminación comenzada por los in-



por Juan Aldebarán



Se dice que en Biafra no habrá genocidio. Lo ha habido ya. Pero por ahora hay una gran insistencia en difundir noticias tranquilizadoras. La ocupación se desarrolla a frontera cerrada... El genocidio lleva consigo una constante: la «buena conciencia». Las matanzas se justifican con un cuerpo de doctrina de carácter científico o moral. La guerra de Vietnam (a la izquierda) es sostenida por la tesis de la defensa de las libertades. Las bombas de Hiroshima y Nagasaki (abajo) se lanzaron para «ahorrar vidas humanas». Fue la tesis oficial. El hecho es que decenas de millares de seres murieron.

migrantes europeos». Se podría precisar en este caso que los «europeos» eran exclusivamente ingleses, y, muy concretamente, presidiarios ingleses enviados a Tasmania para «colonizar». Llegaron a la isla de Tasmania — hoy en la confederación australiana — en 1803. En 1877 murió el último tasmano, una mujer, Truganina, a la que se describía como de gran inteligencia, que había intervenido en las breves treguas que conoció el exterminio, en la paz de 1835 y en la repatriación, en 1847, de los últimos cuarenta y cuatro sobrevivientes de lo que había formado una raza y una civilización. La enorme isla — unos setenta mil kilómetros cuadrados — se dedica hoy al turismo y a la minería.

La opinión de Sartre

Para Jean-Paul Sartre, el genocidio moderno es la consecuencia de un proyecto. Es intencional y se refiere a los pueblos colonizados. La forma de las guerras coloniales es la de agresión — puesto que se trata de ir a buscar, lejos, las fuentes de aprovisionamiento en materias primas, las claves militares estratégicas para la lucha entre naciones desarrolladas, la mano de obra barata —, y se apoya sistemáticamente por el terror, por las matanzas, para «desestructurar» la sociedad atacada. Es «un genocidio cultural: no se puede colonizar sin liquidar sistemáticamente los rasgos particulares de la sociedad indígena, negando al mismo tiempo a sus miembros el derecho a integrarse en la metrópoli y beneficiarse de sus ventajas». «Los colonizados pierden su personalidad nacional, su cultura, sus costumbres, a veces hasta su idioma, y viven en la miseria, como sombras a las que todo recuerda sin cesar su sub-humanidad». Si los pueblos colonizados responden con la guerrilla, se les





¿Lo verá Vd. saltar en la India?

Quizás. Pero si, podrá admirar todas las bellezas de ese exótico, milenario y siempre atractivo país.

Vuele en los **BOEING Jet** INTERCONTINENTAL de **SABENA**



SABENA

LINEAS AERÉAS BELGAS

AMERICA - AFRICA - EUROPA - ORIENTE MEDIO - ASIA

Consulte a **SABENA** o a su Agencia de Viajes

PLACA DE PLATA



MADRID 241 89 05 - BARCELONA 215 47 32 - LAS PALMAS 26 13 62 - TENERIFE 37 21 45
PALMA 22 68 46 - TORREMOLINOS 38 05 45 - ALICANTE 21 66 97 - LA CORUÑA 25 25 40

EXTERMINIO



Sartre: «El genocidio antiguerrilla, producto de nuestra época, supone una organización, unas bases de complicidad, un presupuesto apropiado. Es preciso que haya sido pensado, que haya sido "planificado"».

contesta, a su vez, con el genocidio. «Tortura y genocidio: esta es la respuesta de las metrópolis al levantamiento de los colonizados. Y esta respuesta, como sabemos, no tiene valor si no es radical y total. Esa población determinada, unificada por su ejército de partisanos, politizada, orgullosa, no se dejará intimidar, como en los buenos tiempos del colonialismo, por una matanza "para dar ejemplo". Por el contrario, no se conseguirá más que aumentar su odio. No se trata, por lo tanto, de asustar, sino de liquidar físicamente un pueblo». «Puede ocurrir que, en otros tiempos, el genocidio se haya realizado brusca-

mente, en un movimiento pasional, durante las luchas tribales o feudales. El genocidio antiguerrilla, producto de nuestra época, supone una organización, unas bases de complicidad, un presupuesto apropiado. Es preciso que haya sido pensado, que haya sido planificado».

Liquidación de «élites»

En un reciente artículo, Claude Roy combate la idea generalmente expresada de que el genocidio no compensa a sus autores. Si los nazis no consiguieron exterminar a los judíos y fueron, finalmente, castigados por sus crímenes, si el Ku-Klux-Klan no ha conseguido exterminar ni evitar por su terrorismo la reacción de los negros americanos, hay otros ejemplos de genocidio que han compensado. Los medas lo cometieron contra los asirios, borraron del mapa las ciudades enemigas y consiguieron una paz de cinco siglos; Turquía atenuó realmente el nacionalismo armenio con las repetidas matanzas; los americanos acabaron con la «amenaza india»; los militares indonesios han conseguido retrasar en varios años la urgencia del «problema comunista» con cuatrocientos mil asesinados... Claude Roy señala también el «genocidio selectivo», aquel que no necesita grandes matanzas, sino solamente una liquidación de las «élites». «Desde 1870 a 1914, el movimiento obrero francés no pudo impedir el sueño tranquilo de la III República ni detener el desencadenamiento de la primera guerra mundial. A M. Thiers le bastaron unas buenas jornadas de matanzas «selectivas»: la extrema izquierda francesa perdió en las ejecuciones sumarias y en el polígono de Satory las tres cuartas partes de sus cabezas. Francia entera debía comprobar, entre 1914 y 1918, que una liquidación paciente de las «élites» y de la juventud puede hacer pasar, en cuatro años, un gran país vencido al estado de nación victoriosa, pero de segundo plano». «No hay matanzas justificables, pero hay matanzas que se revelan como históricamente eficaces...».

El genocidio es probablemente tan antiguo como la humanidad. No ha perdido su actualidad. Las numerosas conferencias y convenciones que se han realizado para «humanizar» la guerra no han dado hasta ahora resultado. ■ J. A.